

APÉNDICE.

Observaciones enviadas por el autor despues de haber remitido el presente tomo. 209

Párrafo V. Reflexiones sobre la breve duracion de la vida humana. . . 223

Párrafo VI. Algunas personas á quienes la muerte ha respetado. . . 231

Cap. X. Espiritu del hombre. 235

Artic. I. Se demuestra repugnante á los principios de física y metafísica la opinion de los que pretenden poderse explicar por medio del movimiento impreso en la materia, la naturaleza del entendimiento humano. 238

Artic. II. Naturaleza del espíritu humano, y su diversidad del alma de los brutos. 258

Artic. III. La espiritualidad del alma del hombre. 285

Artic. IV. Inmortalidad del espíritu. 291

Párrafo I. Idea innata de los hombres, ó divinamente revelada sobre la inmortalidad de su espíritu. 292

Párrafo II. Inmortalidad del espíritu humano segun principios de física y metafísica. 298

Párrafo III. Inmortalidad del espíritu humano segun los principios de ética. 313

Párrafo IV. Si el espíritu humano es mortal, Dios es mas benéfico con los brutos que con el género humano, y mejor es ser bestia que hombre. 323

Párrafo V. Parenesis filosófica á la naturaleza. 327

Conclusion. Parenesis á los impios incrédulos. 331

Cap. XI. Resurreccion del cuerpo humano. 336

Artic. I. Testimonios sagrados y profanos de la resurreccion de los cuerpos. 341

Artic. II. La resurreccion de los cuerpos es muy conforme á la razon natural. 357

Artic. III. Dificultades que se oponen á la resurreccion de los cuerpos. 375

Artic. IV. La admirable resurreccion de nuestro Señor Jesuchristo Dios humanado, fundamento de la universal resurreccion de todos los hombres, demostrada en juicio contradictorio. 393

Diálogo entre un Saduceo y un Christiano, sobre el hecho y las circunstancias de la resurreccion de nuestro Señor Jesuchristo. . . 401

Conclusion. 472



HISTORIA
DE LA VIDA DEL HOMBRE.

LIBRO SEXTO.

Vejez y muerte del hombre.

A la virilidad sucede la vejez, la qual constituye al hombre en la última parte ó edad de su vida. La vejez se llamó entre los latinos senectud (1), ó porque es la sexta ó última de las edades en que distribuían la vida humana, ó porque es el tiempo en

(1) Los latinos dividieron la vida del hombre en seis edades, que llamaron infancia, *infantia*, niñez, *pueritia*, mocedad, *adolescentia*, juventud, *juventus*, virilidad, *etas virilis*, y vejez, *senectus*; segun este número de edades, algunos autores deriyán la palabra *senectus* de la voz *senarius*, otros de *segnities*, otros de *semínex*.

en que la naturaleza se halla ya perezosa y entorpecida; ó porque en ella el hombre se avecina á la muerte. Mas de qualquiera manera que se quiera entender aquella voz, es cosa constante, y muy verdadero, que la senectud es la última edad del hombre, en la que este carece de agilidad, y está vecino á la muerte. Esta se sigue necesariamente á la vejez, no ménos que á la enfermedad mortal; por lo que con razon dixo el Poeta (1) que la misma vejez era enfermedad. Mas aunque la vejez sea la última disposicion para la muerte, la qual ha de venir indefectiblemente despues de ella, no por esto se ha de mirar al hombre anciano como un enfermo en el mundo político; ántes bien se le ha de contemplar como sano y robusto en el consejo, supliendo con su mente vigorosa todo quanto falta á su cuerpo débil.

Por tanto, despues de considerar el estado físico de la vejez, y achaques que en ella padece el hombre, propondré la condicion ventajosa en que le constituye la vejez para la utilidad de la sociedad humana. A la consideracion de la vejez, última edad del hombre, seguirá la de su estado en la enfermedad, que comunmente precede á su muerte. Constituido en esta el hombre, presenta á la vista del mundo el mas miserable espectáculo de temores y angustias de su espíritu; y á la vista de la religion parece un pasagero que en la tranquilidad de un sueño dulce desaparece de la vida temporal, y pasa á la eterna. Nos dexa en depósito, y por prenda de su memoria, sus despojos mortales, que el tierno agradecimiento y la piadosa humanidad recogen y depositan amorosamente. Es-

(1) *Senectus ipsa est morbus.* Terencio, *Phormio*, act. 4, *scena* 1, v. 9.

tos hechos y circunstancias del hombre en la muerte, y despues de ella, merecen en su historia atentas reflexiones, despues de las cuales se exáminará la duracion de su vida mortal, determinándola, segun las razones físicas, los exemplos de la historia, y los cálculos políticos y económicos de la vitalidad humana en todas las edades. El libro se concluirá con dos discursos los mas importantes; conviene á saber, sobre la inmortalidad del espíritu del hombre, y sobre la resurreccion de su cuerpo á vida eterna.

CAPÍTULO I.

Estado del hombre en la vejez.

El hombre no puede estar permanente en un estado, porque desde su formacion no puede dexar la naturaleza de obrar en él, con lo que necesariamente le hace tener continuas mudanzas, insensibles al mismo que las padece. Llega el hombre á la vejez, y sin saber cómo le ha robado el tiempo la belleza de su figura, la bizarría de sus miembros, las fuerzas de su cuerpo, y la perfeccion de sus sentidos, se halla en un nuevo estado, sin entender cómo ha entrado en él. Se ve sin la alegría de la niñez, sin las fuerzas de la juventud, y sin la madurez de la virilidad; y no sabe cómo se le han desaparecido estas prendas y dotes de la naturaleza. Acuérdate que en la primavera de sus verdes años fué un árbol frondoso, adornado de frescas hojas y hermosas flores; y en el invierno ingrato de la vejez se contempla un tronco árido, despojado de quanto ántes le hermoseaba. Acuérdate que fué niño, jóven y varon, y ya nada de esto encuentra en sí. Todo desapareció, y solo le queda

da la memoria de lo que fué. ¡Oh! con cuánta razon dixo el Poeta:

Tempora prætereunt, tacitisque senescimus annis.

pues el tiempo, avaro silenciosamente, nos roba con los años la perfeccion de los dotes naturales del cuerpo.

¿Quánto daria el hombre por mantener siempre su vida en un mismo estado de perfeccion? Mas esto es imposible. Es querer gozar de un rio, é impedir el hermoso movimiento y curso de sus aguas. La naturaleza nunca está en ocio. Desde su primer obrar camina apresuradamente á su perfeccion. Poco se detiene en esta; ántes bien, como la fruta que en estando madura, luego empieza á marchitarse, y llega á pudrirse, así desde el estado de perfeccion pasa brevísimamente al de la decadencia, y de la privacion de quantos bienes nos habia dado, y de todos los dotes con que nos habia enriquecido. Los años, dice Horacio (1), al venir nos traen muchos bienes, y muchos nos roban al huirse. Y así es, que por los mismos pasos por donde ha ido dándole al hombre estos bienes ó dotes del cuerpo, por los mismos se los va quitando; porque una y otra cosa son efecto del mismo modo de obrar, como voy á exponer inmediatamente.

Nace el infante como una tierna planta, mostrándonos en su cuerpo la mas delicada organizacion. Sus huesos, que es lo mas duro y sólido que hay en él, no son otra cosa sino canales sutiles, cuya dureza no llega á ser mayor que la de las membranas de un hombre hecho. A proporcion de los huesos, son tambien

(1) *Multa ferunt anni venientes commoda secum,*
Multa recedentes adimunt. De art. poetic.

bien tiernos los nervios, fibras, ternillas, carne y piel del infante; y los canales de todas estas partes participan de grande sutileza, segun que á cada uno corresponde. Luego que el infante empieza á crecer, la naturaleza con sus xugos óseos, cárneos, &c. va aumentando, solidando y fortificando todos los miembros del cuerpo, y segun el grado de aumento, solidez y dureza que adquiere en los primeros años, se dice que el hombre llega á la niñez, pubertad y juventud. Continuando la naturaleza en obrar, llegan finalmente los miembros á lograr todo el aumento de que son capaces por su configuracion, segun la disposicion, condicion é influxo de sus humores. Entónces acaban de desembolsarse perfecta y totalmente, con lo que el hombre logra toda su perfeccion física, la qual constituye el estado de su virilidad.

Nada varía la naturaleza en este estado, porque siempre es uniforme: prosigue obrando en la virilidad, como ha obrado ántes de ella: continúa suministrando á cada miembro sus respectivos xugos; y aunque el efecto no se sigue por lo pronto, se advierte muy bien despues de algunos años. Con el continuo obrar de la naturaleza llegan á tal estado los huesos, ternillas y demas partes del cuerpo, que le es imposible crecer mas, porque han crecido ó se han desenvuelto todo quanto permiten su natural configuracion y disposicion. En estas circunstancias, ¿qué se puede esperar de la abundancia y curso de los xugos con que obra la naturaleza? Resulta la solidez de los huesos, nervios, membranas, y demas miembros del cuerpo, los quales se endurecen mas y mas. Así se experimenta una gran diferencia de peso en iguales volúmenes de huesos de un viejo y de un mozo.

Con la solidez y dureza que van adquiriendo los miembros humanos, empiezan á experimentar todos

al.

alteracion considerable. Los músculos (1) se convierten en tendones; estos en ternillas, y estas en huesos. De aquí proviene que la sangre circula con mayor dificultad, y que la transpiracion, digestion y separacion de los líquidos no se haga tan bien como se hacia ántes. Con estos malignos efectos se encogen las fibras, se disminuye la abundancia de los xugos nutritivos, y las operaciones vitales se empiezan á exercitar con dificultad y fatiga. La figura de un viejo encorvado nos dice, que por haberse osificado los muelles que encadenaban sus huesos, se ve necesitado á guardar una postura, con que el curso de los humores se violenta, y empieza á padecer la economía animal.

Este es el efecto que en el hombre causa la naturaleza con su obrar uniforme. La vejez es aquel estado de la vida mortal, en que se ve y experimenta sublimemente que empieza á faltar todo el vigor natural del cuerpo; por lo que con razon la llamó Ciceron el ocaso de la naturaleza. En los primeros años de la vida del hombre se ocupó esta en enriquecerle y adornarle: en la virilidad se empleó en hacer ostentacion de los bienes con que le habia enriquecido; y en la vejez se da priesa para despojarle de quanto le habia dado. Empieza á caerle el cabello, á mudarse el color, á faltar los dientes, á arrugarse la piel, á entorpecerse los sentidos, y á cesar el movimiento libre de los humores, con lo que, aun el alma, que no se envejece, llega tambien á sentir los síntomas de la vejez, encontrando dificultad en exercitar sus funciones espirituales. Por esto el

(1) Boerhaav. *Institut. medic. Oecon. anim. n. 415.*

el santo Rey David clamaba al Señor diciendo (1): "Vos me habeis protegido en todas las edades de mi vida. ¡Ah Señor! no me desampareis en mi última edad de la vejez, quando me habrán faltado el vigor y las fuerzas. Continudad, Dios mio, vuestra proteccion no solo hasta la vejez, sino hasta el último periodo de mis días." La vejez es verdaderamente un estado de tanta necesidad, que el hombre debe en ella implorar, como el que está enfermo, la particular asistencia de la divina gracia para hacerse superior á los achaques y miserias que le estan anexas. Con esta ayuda, si sabe el viejo aprovecharse de su razon, la vejez no le será tan pesada; ántes bien logrará una vida mas quieta y racional que hasta entónces ha tenido, mereciéndose al mismo tiempo no ménos la veneracion, que la compasion de los demas hombres: mas si el viejo, por seguir sus caprichos y la mala conducta que acaso ha tenido en sus pasados años, no quiere arreglarse segun razon y prudencia en su modo de vivir, añadirá nuevas incomodidades á los males físicos de la vejez, como ahora diré.

CAPÍTULO II.

Incomodidades que añade á la vejez la mala conducta de muchos hombres.

Habiéndose considerado el estado de la vejez, y los males físicos que la suelen acompañar, es bien que se propongan las incomodidades que se acarrear muchos viejos por su tenor de vida poco racional, y

(1) Psalm. 70, 9 y 18.

y nada arreglado. No se puede negar que la vejez es un estado miserable por los achaques que trae necesariamente consigo; mas su mayor miseria consiste ordinariamente en la inconsideracion y mala conducta de los hombres que han llegado á ella. Si los viejos que experimentan la mudanza de los estados de su vida, no intentáran practicar en su avanzada edad aquellas cosas que solamente convienen á la juventud ó á la virilidad, podrian prometerse una vida, ya que no del todo dichosa, á lo ménos no tan miserable como la que algunos de ellos pasan. Una de las mayores gracias que puede Dios conceder á cualquiera viejo, es el conocer que lo es. Si logra este conocimiento, su vejez no se le hará pesada, porque se resolverá fácilmente á vivir como conoce que conviene á su estado, y como pide el desengaño práctico del mundo y de sus vanidades, sin desear irracionalmente el vigor y lozanía de la ciega juventud. No hay enfermo mas infeliz é incurable que el que en la enfermedad quiere vivir como en la sanidad: así el viejo mas infeliz es el que quiere vivir como si fuera jóven.

Faltan el vigor y las fuerzas á los viejos; mas esta falta no siempre es tan grande que los prive absolutamente de gozar de todo lo visible. Gocen de ello en buen hora; pero gócenlo segun los límites que la razon y decencia prescriben. En saliendo de su esfera, al punto empiezan á hacerse ridículos y enfadosos. ¿Qué cosa, por exemplo, hay mas ridícula en el mundo que un viejo que pone todo su cuidado en engalanarse y parecer bien? ¿Qué cosa mas disonante que verle frecüentemente en banquetes esplendidos, cargando el vientre de mas comida y bebida de la que puede digerir? ¿Y se maravillará despues de aquellos cólicos que le reducen al extremo de la

vida, de aquellas diarréas que le derriten y casi aniquilan, y de aquellos enfados y furoros á que su mal humor fácilmente le incita? Así sucede que no obstante de ser la vejez por sí misma tan venerable, como lo es, las modales y conducta de vida que tienen algunos viejos inconsiderados, la llegan á hacer en ellos ridícula y despreciable.

A la afliccion que al hombre en la vejez acompaña por la falta de fuerzas corporales, se suele juntar otra por verse privado de gozar de los placeres ó locuras que desdicen no ménos de su edad, que de toda racionalidad. ¿Qué importa al hombre viejo el no gozar de las locuras del mundo, en que se exercita la inconsiderada juventud? ¿Creerá que es infeliz porque la divina Providencia le ha puesto en un estado en que por necesidad debe vivir con mayor racionalidad, y en que se ve precisado á abstenerse de aquellas cosas que solo pueden servir para pervertir el espíritu, y corromper el cuerpo? ¿No se acuerda que el brio de la juventud le sirvió no pocas veces para precipitarse en una vida bestial? ¿No hace reflexion que no hubiera llegado tan presto á ser viejo, si no le hubieran acelerado á la vejez los despropósitos de las edades antecedentes? ¿Por qué á lo ménos no se vale de la consideracion de la falta presente de fuerzas, para conocer la loca vanidad del mundo, y para procurar aquella paz y quietud interior que hacen al hombre verdaderamente feliz? Mas si son pocos los hombres que en su juventud abandonen la vida que conocen irracional, ¿qué se podrá esperar que harán en la vejez? Se debe temer que al paso que se endurezcan los miembros del cuerpo, se vayan tambien endureciendo los vicios y malas propensiones del ánimo; las cuales si los viejos no ponen en obra muchas veces, es porque les faltan las fuerzas físicas y naturales.

Esta falta de fuerzas podria tenerse por un verdadero mal, si no privára al hombre de muchas locuras y desórdenes del mundo, y no hiciera que viviese una vida mas racional y mas quieta. Porque no es mal verdadero el no poder gozar de lo que no es justo desear; ántes bien lo debe mirar el hombre como un bien digno de todo aprecio. Así Ciceron (1) lo llamó don excelente, que quita en la vejez lo que es viciosísimo en la juventud. Por esto son vituperables aquellos viejos que acordándose de los pasatiempos de su juventud, quisieran quitarse los años, y hacer, si pudieran, que volviera atrás el tiempo; esto es lo mismo que desear ponerse en la boca del precipicio, ó en posibilidad de arrojarse á él.

Es cierto que la vejez suele ser trabajosa no solo por los estragos que causa la naturaleza, sino tambien por los hombres; mas una y otra cosa provienen no pocas veces por causa de los mismos viejos. Si alguno de ellos, olvidándose del estado en que se halla, se empeña en hacer vida de jóven en el comer, beber, salir, entrar, y otros ejercicios sin regla ni concierto, no debe atribuir á la naturaleza ni á los años, sino á su mala conducta, los males que experimenta. Asimismo el que en su juventud y virilidad no ha tratado de quitar ó reprimir la mala propension de su genio poco contenido, en la vejez se abandona á sus pasiones geniales, se hace insufrible á los otros, y se ve aborrecido y desamparado de todos. Por lo contrario no hay cosa que mueva mas la compasion, concilie mas amor y veneracion, y que mas robe los corazones de todos, que un viejo apacible en su trato, suave en su palabra, moderado en sus reprehensiones,

(1) De senectute §. 12, n. 39.

nes, afable con los que conversa, y condescendiente con los de menor edad. Esto es señal clara de que en las edades anteriores ha procurado adornarse de aquellas calidades que le hacen tan recomendable. Si bien se reflexiona, se hallará que rarísimo hombre se hace mejor en la vejez de lo que es al entrar en ella. Se ven jóvenes juiciosos, que fuéron traviesos en la pubertad; se ven hombres, que reconocen y enmiendan en la virilidad los errores de la juventud; mas hombres que en la pubertad, juventud y virilidad no se enmendaron, no hay que esperar que se enmienden en la vejez, como nos dexó dicho el Espíritu Santo (1). Los viejos en mi juicio son como los avarientos, de los quales apenas se hallará uno que seriamente mude de conducta, porque quanto mas se aumentan sus riquezas, tanto mas crece el amor de ellas.

Algunos juzgan que la vejez tiene consigo anexos algunos vicios que ingeniosamente propuso el Poeta (2) diciendo: "Muchos males acometen por todas partes al viejo: se emplea sin cesar en buscar riquezas; y despues de haberlas adquirido, el infeliz se abstiene, y teme usar de ellas, pareciéndole que le han de faltar: trata con timidez y frialdad todos los negocios: dilata sus resoluciones: vive en la inaccion: espera y desea con ansia vivir muchos años: es impertinente y quejicoso: alaba los tiempos pasados de su mocedad; y es un censor rígido de los que son ménos viejos que él." Estos

(1) Prov. 22, 6.

(2) Horat. De art. poet. *Multa senem circumveniunt incommoda: vel quod querit, &c. &c.* Véase tambien Jubenal, satyr. 10.

tos y otros defectos semejantes (1) se tienen por tan propios de la vejez, que ya casi se miran como excusables en la edad avanzada. Yo no niego que cada edad tiene sus propias inclinaciones, y que está expuesta á ciertos vicios; mas el verse en los viejos tan generalmente los defectos propuestos, no se debe atribuir á la vejez, sino á sus costumbres, con las que se abandonan á su genio y pasión, estando dominados del mal hábito de aquellas inclinaciones que jamas han procurado corregir. Es verdad que el ver el mal tan universalmente extendido por la gente anciana, nos hace concebir la preocupacion de creerle connatural á aquella edad: mas la reflexión nos descubre que por hábito se hizo connatural lo que en su principio fué efecto de repetición de actos viciosos; y como las víboras conservan el veneno aun quando estan entorpecidas; así el viejo, aunque le falten las fuerzas, y se entorpezca su naturaleza, conserva sus defectos, y las pasiones no reprimidas ántes, se hacen mayores cada día, y no le desamparan en la última edad. Por esto, al ver un jóven de mal genio, solemos decir que será intolerable en la ve-

(1) Véase Séneca: *De brebit vita*, cap. 11. *De Ira*, lib. 2, cap. 19, donde pone varios vicios de la vejez. Es comun en muchos viejos ignorantes creer que los tiempos pasados eran mejores que los presentes, lo qual proviene del mayor conocimiento que de las maldades humanas se adquiere con los años. El hombre cada día oye y aprende nuevos excesos que ignoraba ántes, y mucho mas en la juventud, y por defecto de reflexión los cree nuevos en el mundo: mas solamente son nuevos para quien los ignora. El que desde jóven estudia bien lo que es el hombre, en este encuentra siempre los mismos vicios.

vejez, en la que á la fuerza del hábito vicioso se hace insensible á la razon.

Prueba eficacísima de todo lo dicho es la diferente conducta que observan aquellos ancianos, que habiendo procurado tener una vida christiana, han corregido los defectos, tanto civiles como morales, que son propios de nuestra frágil naturaleza. Estos llegan á la vejez sin sentir las incomodidades que son propias de ella; porque no ha añadido las que son efecto de los vicios y malos hábitos. Se merecen la compasion, atencion, respeto y veneracion de todos; porque, como dice Ciceron, no son las canas y los años los que hacen venerable la vejez, sino las buenas costumbres. A una vida santa sucede naturalmente una vejez santísima, y llena de todo buen odor. El continuo exercicio de domar las pasiones y el desengaño que necesariamente causa la experiencia con los años, hacen conocer la vanidad de los placeres mundanos, y vivir una vida totalmente arreglada, sin que los mas críticos censores tengan que morder y tachar en ella. De aquí forzosamente se sigue no solo el pasar una vejez quieta y racional, sino tambien el alargar la misma vida, como nos dice el Espíritu Santo (1), y lo acredita la experiencia. Es constante que muchos por su vida desarreglada se acarrean la muerte, y lo contrario otros, como los Pablos, los Antonios, los Macarios que, por su vida racional y bien ordenada, han llegado á los noventa y mas de cien años, no obstante que desde su juventud habian vivido en los desiertos con rigurosísima penitencia. Se puede asegurar que la mayor parte de los hombres muere á manos de sus desórdenes, particularmente de los que causan placer,

co-

(1) Ecclesiastic. 1, 12. Psalm. 33, 12.

como son la gula, embriaguez, luxuria, ocio, &c. los cuales corrompen y acaban la naturaleza mas que la mayor fatiga y trabajo. Finalmente, si queremos tener una buena vejez, tengamos siempre presente aquel dicho del Eclesiástico (1): ¿cómo hallarás en la vejez lo que no juntastes en la juventud? porque si en la juventud no recogemos paciencia, impacientes seremos en la vejez; si no recogemos sobriedad, no seremos sobrios; si no recogemos afabilidad para con los otros, seremos ásperos con ellos, enfadosos é insufribles, y así de los demas defectos que se suelen hallar en la vejez; de la qual no son vicios propios, sino de las malas costumbres envejecidas: *Morum vitia sunt, non senectutis* (2).

CAPÍTULO III.

Motivos que hacen venerable la vejez.

Entre algunas naciones bárbaras, de que despues se dará noticia, se acostumbra matar á los hombres quando llegan á tal estado de vejez que no pueden servirse por sí mismos. No es de maravillarse que las naciones bárbaras é inhumanas maten á los viejos como inútiles, porque ellas no buscan, ántes bien huyen de la utilidad que da á la sociedad humana la vejez. Estas naciones desean mantenerse en su bárbara ignorancia é inhumanidad; y para esto es medio eficacísimo deshacerse de las personas que con su edad avanzada y larga experiencia les pueden desen-

(1) Ecclesiastic. 25, 4. *¿Quæ in juventute non congregasti, quomodo in senectute invenies?*

(2) Ciceron: *De senect.* §. 18, num. 65.

ganar. Las naciones cultas, por lo contrario, atienden á conservar los viejos dentro de su seno, y á prolongar su vida, conociendo ser esto un medio cierto para no caer en la barbarie, y mantenerse en la ilustracion. Buena es la vejez, nos dice Ciceron en el bello tratado que de ella hizo; porque en la vejez la vida de los hombres suele ser honesta, de autoridad y de consejo. La experiencia de los años hace al viejo avisado y prudente para los negocios, y la vecindad de la muerte le obliga ó estimula á hacer una vida honesta, que sirva de buen exemplo. De estos dos principios resultan los motivos por los que la vejez, segun razon, religion y práctica de las naciones cultas, es estimada, honrada y venerada.

El viejo, creciendo cada dia en edad, pierde por instantes aquella lozanía de la carne y hervor de la sangre, que sirven de estímulo para precipitar al hombre en el vicio; y si Archita Tarantino (1), gobernado de la luz natural, llegó á conocer y decir que el deleyte corporal era la peste mayor que la naturaleza había dado al hombre, por gracia particular debe mirar este la vejez, en la que á la naturaleza falta la fuerza de los estímulos al placer mundano. A proporción que al viejo faltan los estímulos para el vicio, crecen los desengaños para adelantar en la virtud. El viejo en cada miembro suyo lee la proximidad de la muerte, y en su figura ya encorvada, ó en su inclinacion á la tierra, ve, como dice el Poeta (2), que es-

(1) Ciceron: *De senect.* §. 12, num. 39.

(2) Corn. Gall. *Contrahimur, miroque modo decrescimus ipsi: Diminui nostri corporis ossa putes. Nec calum spectare licet, sed prona senectute Terram, à qua genita est, et redditura, videt.*